

si para su salud resultaba funesta la falta de ejercicio, ante la opinion universal seria el gobernador responsable. Sir Hudson Lowe no se dejó ablandar por estas amenazas, aparentó considerar como naturalísima su conducta, como necesariamente derivada de sus instrucciones, y como propia á hacerle digno en Longwood de una acogida tan amigable como la que al almirante Cockburn se habia dado. Con semejante modo de entender las cosas, pronto debia llegar á colmo la deplorable contienda, que despues valió á Napoleon tantos padecimientos, y á sir Hudson Lowe tantas fatales imputaciones. Allí acababa de llegar la flota de la India por aquel tiempo, y á bordo se hallaban lord Moira, gobernador de la India, y su esposa, ambos con deseos de visitar á Napoleon en su morada. Pero habiendo éste declarado que no permitiria que se le asemejase á un preso, cuya cárcel se abria ó se cerraba al capricho, y que no recibiria á nadie, sin que por conducto del gran mariscal Bertrand solicitara su asentimiento, lord y lady Moira no se atrevieron á dar un paso á la sazón sujeto á tantas dificultades. Con todo, por satisfacer su curiosidad siempre creciente, sir Hudson Lowe dirigió al gran mariscal Bertrand una esquila de convite para comer en el palacio de Plantation House, é incluyó otra para Napoleon mismo, añadiendo que si el *general Bonaparte* se dignaba admitir este convite, lady Moira tendria á fortuna serle presentada. Realmente, en semejante paso no habia mas que falta de tacto, y de ningun modo intencion de ofender á su prisionero glorioso. Pero el gran mariscal Bertrand dióse por ultrajadísimo de este convite para sí y para su soberano, y Na-

oleon de igual manera, pues no podia consentir en hacerse un objeto de curiosidad, de que el gobernador dispusiera á su antojo en favor de los huéspedes á quienes deseaba tratar con agasajo. Sin que la negativa del gran mariscal Bertrand le hiciera desistir del empeño, sir Hudson Lowe presentóse de nuevo en Longwood, donde mas que con simple frialdad fué recibido ahora. Napoleon dirigióle palabras tan duras como las siguientes. — Asonbrado estoy de que os hayais atrevido á dirigirme el convite que el gran mariscal os ha devuelto. ¿Pues qué, olvidais quien sois vos y quien soy yo por ventura? Ni á vos, ni á vuestro gobierno corresponde despojarme de un título que me dió Francia, que me reconoció Europa, y por el cual me designará la posteridad. Ya lo consintais ó no lo consintais vos é Inglaterra, yo siempre soy y seré el emperador Napoleon para el universo. Poca importancia doy á vuestras calificaciones, aunque me ofende que hayais podido concebir la esperanza de atraerme á vuestra casa, y de presentarme á la curiosidad de vuestros huéspedes. Me ha abandonado la fortuna, pero al alcance de nadie está en el mundo hacer del emperador Napoleon un objeto de escarnio. — Sin embargo, despues de estas severas palabras, Napoleon se templó del todo, y sir Hudson Lowe se excusó mucho acerca de sus intenciones, manifestando que lord y lady Moira solo habian intentado tributar homenaje á su gloria, y por esto habia querido saber si una entrevista con personajes de viso en Inglaterra podia ser de su agrado. Napoleon dió oídos á estas explicaciones, sin admitirlas ni desecharlas tampoco, y de seguida despidió al gobernador todavía algo

conoció su inconveniencia, y manifestó un honoroso apuro. Al principio, de una voluntad absoluta hizo alarde respecto de la declaración exigida á los miembros de la colonia. Por sí mismo redactó el documento, á cuyo pie debían estampar su firma, y en cuyo contenido se calificaba á Napoleon de general Bonaparte. Esto equivalía á colocarles en una situación embarazosa hasta lo sumo. Natural podia ser que no dieran títulos á Napoleon aquellos que le tenían bajo su guarda. Pero no menos era que tratar de obligarles á su destitucion completa la exigencia de que, en un documento auténtico y firmado de su puño, se prestasen sus compañeros de desgracia á designarle por otros títulos que los que le daban de cotidiano. De consiguiente á la redaccion presentada por sir Hudson Lowe opusieron otra del todo semejante á la suya, en cuanto al compromiso formal de someterse á los reglamentos establecidos en Santa Elena, si bien diferente en cuanto á los títulos atribuidos á Napoleon. Brutalmente les anunció el gobernador que si no firmaban la declaración tal como les era exigida, al punto los haria embarcar para Europa.—No firmeis, les dijo Napoleon, y dejad que os embarque. Aquí permaneceré solo, donde á la verdad me ha de quedar que vivir poco, y el mundo sabrá que se me separa de los únicos amigos que me quedaban á la postre, por tan miserable disputa.—Así los desterrados se mantuvieron firmes, y sir Hudson Lowe, que en definitiva comprendia lo odioso de tales proceder, propuso una transaccion consistente en suprimir los títulos de general ó de emperador, y designar al prisionero por su nombre y su apellido de *Napoleon Bonaparte*, re-

pitando, que si persistian en la negativa, no hu- que estaba listo para hacerse á la vela y conducirlos á Europa. Se sometieron sin decir nada á Napoleon, por no dejar solo, sin amigos, sin un secretario, sin un criado, al señor sin ventura, de cuya desgracia habian querido ser partícipes de voluntad propia.

Sir Hudson Lowe procedió mas convenientemente respecto de los gastos. Posible es que los criados de Napoleon y de las tres familias que le acompañaron á su destierro no se esmerasen mucho en economizar la hacienda inglesa; pero siempre repetiremos que no se comprende que en Inglaterra hubiese quien tratara de investigarlo de ningun modo. No obstante, sir Hudson Lowe se atrevió á hablar al gran mariscal Bertrand de este asunto, si bien trató de justificarse de sus observaciones con poner sus instrucciones de manifiesto, segun las cuales se fijaba el gasto del general Bonaparte en la suma de 8,000 libras esterlinas ó sean 200,000 francos. Con altivez respondió el gran mariscal Bertrand que de lo que el gobernador le hablaba no sabia cosa alguna; que muy mal vivian allí todos; que jamás habian pensado en proferir quejas, ni en averiguar cuanto costaba aquel triste modo con que se les hacia pasar la vida; que tampoco lo harian en lo sucesivo, y sobre todo que nunca se permitiria hablar á su soberano de tal cosa. Sir Hudson Lowe insistió á pesar de todo, declarando que le era imposible autorizar semejantes gastos. Confuso el gran mariscal por extremo, de esta materia habló con los principales miembros de la colonia desterrada, y no pudo menos de comunicárselo á Napoleon de igual manera. Harto

se concibe cuanto le desazonaria un altereado de esta clase. Al punto previno dar por respuesta, que á pesar de la obligacion impuesta á las naciones de mantener á sus prisioneros, á sus ojos la condicion mas penosa de su cautiverio estribaba en comer el pan de Inglaterra; que su deseo habia sido siempre vivir con sus amigos á su propia costa; que lo deseaba todavia, y que si se le permitia comunicarse con Europa por medio de cartas selladas, familia tenia y amigos que no le dejarian en la indigencia, y así el gobierno británico se hallaria descargado hasta de las 8,000 libras esterlinas, á que trataba de reducir en Longwood sus gastos. Sin duda se explica el fundamento de tal respuesta. Aunque los miembros de la familia de Napoleon, y especialmente su madre, su tío y el príncipe Eugenio, se hallaran en posibilidad y completamente en disposicion de proveer á sus necesidades, jamás se aviniera á recurrir á ellos, y para subvenir á sus gastos lo sacara de la caja de Mr. de Laffitte, donde tenia depositados sus fondos. Pero temia revelar la existencia de este depósito, previendo que seria secuestrado como todos los bienes de los Bonapartes en Francia.

Al oír tal respuesta, sir Hudson Lowe manifestó que remitiria las cartas de Napoleon á sus banqueros, si bien abiertas como lo prescribian las instrucciones de lord Bathurst, é insistió á fin de que se redujesen los gastos, ó atendiese Napoleon á ellos con su caudal propio. Rebelado contra esta persecucion de nueva especie, Napoleon previno á Marchand, su mayordomo, que entre su plata eligiera aquella parte no absolutamente necesaria para su servicio, y la hiciera pedazos, á fin de que no

se traficara con los enseres que habían sido de su pertenencia, y la enviara á James Town para pagar á los proveedores. Esta manera de responder produjo á sir Hudson Lowe una confusion grande, porque, al saber los vecinos de James Town la extremidad á que el prisionero de Longwood estaba reducido, se manifestaron avergonzados de los procederes de su gobierno. Para atenuar este sentimiento, que se expresaba sin el menor rebozo, sir Hudson Lowe hizo propalar á sus allegados que Napoleon rebosaba de dinero, y que podia con holgura subvenir á sus gastos sin aquella miseria de puro aparato. Ya la relacion precedente ha aclarado los hechos. Napoleon habia llevado consigo cerca de trescientos cincuenta mil francos en oro, y unos doscientos mil tenian sus compañeros de destierro. A esto llamaba su reserva, y no se queria privar del último recurso, del cual sacaba de vez en cuando, ora para hacer una limosna, ora para pagar algun servicio. No queriendo gastar de esta suma, que realmente desapareciera muy pronto, ni suministrar una prueba material del depósito existente en casa de Mr. Laffitte, por fuerza habia de recurrir á su plata, que á la verdad era mucha y muy superior á sus necesidades. Con sumo esmero atendia Marchand á todos los pormenores de la casa, y tuvo tiempo de recogerla en el palacio del Eliseo, y de enviarla á Rochefort, y podia suministrar algunos suplementos en tanto que el sonrojo encendiera el rostro de sir Hudson Lowe ó de lord Bathurst.

Confuso no obstante de dar margen á tal disputa, sir Hudson Lowe anunció que bajo su responsabilidad consentiria que se elevara interinamen-

te á doce mil libras esterlinas ó trescientos mil francos el crédito fijado en ocho mil libras esterlinas por lord Bathurst, y que pediría nueva instrucción sobre este asunto. Entonces acabaron los envíos de plata, y desapareció esta causa de inno- ble tacañería. Por aquel tiempo llegó un nuevo almirante á relevar á Cockburn en el mando, no de la isla, sino de la estacion naval inglesa. Este nuevo almirante sir Pulteney Malcolm, personaje de carácter elevado, y cuya bondad de corazón resplandecía sobre su amable rostro, apenas arriba- do á Santa Elena, se hizo presentar á Napoleon, observando todas las conveniencias respecto del augusto cautivo; y así es que le agradó el golpe. Su dignidad afable, su conmiseración respetuosa produjeron sobre la índole viva y sensible de Napoleon un efecto inmediato, y le ganaron el corazón desde luego. Como amigo tratóle Napoleon al punto, y mostróse tan dulce como expansivo. Sir Malcolm renovó frecuentemente sus visitas y Napoleon quiso que así que se presentara en Longwood fuera introducido á su presencia, sin recurrir á una etiqueta en que no tenia otro empeño que el de hacerse respetar por sus guardadores. Echando de ver sir Malcolm que uno de los mayores padecimientos de Napoleon consistía en carecer de sombra, pues los ruines árboles de Longwood no le proporcionaban ninguna, á bordo de sus naves envió á buscar una espaciosa y magnífica tienda, é hizo que los marineros la levantaran muy cerca de los edificios que le daban hospedaje. Por extremo conmovido sintióse Napoleon de resultados de una atención tan delicada, y bajo la tienda de sir Malcolm fué á menudo á comer ó á dedicar-

se al trabajo. No omitiendo ningun medio de dulcificar la suerte de los desterrados, el almirante creyó que una manera segura de lograr este objeto sería procurar una avenencia entre Napoleon y sir Hudson Lowe, y de mejorar así no las instrucciones de lord Bathurst sino el modo de ponerlas en planta. A Napoleon habló de este asunto, y le dijo que efectivamente las instrucciones de lord Bathurst se resentian de poco decorosas; que, obligado sir Hudson Lowe á atenerse á ellas, no habia sido dueño de ahorrar á los habitantes de Longwood ciertas tacañerías; que no era malo, ni mal intencionado, si bien participaba con el gobierno británico y todos los gobiernos europeos del terror de una evasión parecida á la de la isla de Elba; que ante este pensamiento solo perdía el juicio; que era menester perdonárselo de consiguiente; que viéndole, y haciéndole buena acogida, y explicándose francamente se le tranquilizaría y se le dulcificaría y se entablarían mejores relaciones, y para los habitantes de Longwood resultaría una vida menos atormentada.—Os engañais, dijo Napoleon al mediador obsequioso. Yo conozco mucho á los hombres, y la cara de sir Hudson Lowe no puede ser mas que la expresion de un corazón perverso. Tambien me conozco en materia de evasiones, pero no me ocurre pensar en ninguna tentativa de esta clase por dos razones; porque una evasión es imposible, y porque no me conduciria á nada. Ya no hay puesto para mí en el mundo, y solo puedo aspirar á terminar aquí mi vida, que no ha de ser larga, y á ocuparme en consignar algunos recuerdos para edificacion de la posteridad. Si hago perder la razon á mis enemigos, yo no la

pierdo tan fácilmente, y procuro eximirme no de su mano de hierro, sino de sus ultrajes. Que se me deje morir sin ofenderme es lo único que pido á mis compatriotas. En una nueva entrevista con sir Hudson Lowe no ganaria nada. Dueño de mi y todo, cuando lo requiere el caso, la vista de ese hombre subleva mis ojos, excita mi lengua, á mi presencia no le podria admitir sin inconveniente.

—Sir Malcolm no se desanimó á pesar de todo, é insistió á fin de que Napoleon recibiera á sir Hudson Lowe, que anhelaba otra entrevista y con sincero deseo de conciliacion solicitaba tal gracia.

Napoleon rindióse á instancias, cuya intencion era tan amistosa, y consintió en admitir al gobernador á su presencia, bajo condicion de que sir Malcolm estuviera delante, á fin de que hubiese un testigo de la entrevista. Con efecto sir Hudson Lowe llegó á Longwood acompañado del almirante, y presentándose con cierto embarazo á su alto y prisionero. Napoleon acogióle cortesmente, y le dejó que se extendiera en explicaciones justificativas de los procederes que en Longwood daban margen á tantas quejas. Sin amargura y con tono casi conciliador respondió al principio, bien que, habiendo tocado torpemente el gobernador la cuestion de los gastos, recientisima y más abandonada que resuelta, ya se dejó de templanza, y al punto estalló en frases de tan extremada dureza como las siguientes.—Pasmado estoy, caballero, de que os atrevais á suscitar ante mí semejante asunto. Yo no tengo costumbre de atender á lo que pasa en mi cocina. Si á vos os conviene eso, hacedlo por vos mismo, y no me habléis de semejante cosa. Si yo no tuviera aquí mujeres y niños, condena-

dos como yo á un lejano destierro, ya me hubiera ido á sentar á la mesa de los oficiales del regimiento 53.º, y de seguro no se negaran estos valientes á partir su comida con uno de los mas veteranos soldados de Europa. Pero aquí tengo que mantener á muchas familias tan deseosas como yo de no deber ya nada al indigno gobierno que nos oprime tanto. Que pueda yo escribir á Europa sin obligacion de tomaros por confidente, y mi familia y la misma Francia no consentirán que falte pan ni á mí ni á los amigos, que han tenido á bien asociarse á mis desventuras.—Tras de estas frases, arrebatado Napoleon por la ira, apenas permitió al gobernador pronunciar algunas palabras, y dirigiéndose luego solo al almirante, y no hablando de sir Hudson Lowe mas que en tercera persona, incurrió en la falta de propasarse á verdaderos insultos. Aspirando el almirante á excusar la conducta del gobernador con el texto de sus instrucciones, Napoleon respondió que habia comisiones que los hombres de honor no aceptaban nunca, y que por otra parte sir Hudson Lowe, no era un militar verdadero, pues mas á menudo habia manejado la pluma del oficial del estado mayor que la espada del soldado.—Al oír estas últimas palabras, sir Hudson Lowe que tuvo el mérito de contenerse y de respetar en su prisionero el mayor infortunio del siglo, se salió de allí tembloroso, y declarando que en Longwood ya no pondria los pies nunca.

Apenas habia salido, avergonzado Napoleon de haber ejercido tan poco dominio sobre sí propio, con sir Pulteney Malcolm se excusó mucho, diciendo que no se abandonara á tales arrebatos, si el

gobernador no hubiera cometido la torpeza de hablar de aquel innoble asunto de los gastos; que ya esperaba mal resultado de la entrevista; que la traza de sir Hudson Lowe producía en su ánimo una impresión que no alcanzaba á dominar de ninguna manera; que había incurrido en una falta, y lo reconocía por sí propio, y añadió esta frase, que la enmendaba del todo.—Solo tengo una excusa, señor almirante, una sola, y es la de no encontrarme ya en las Tullerías. No me perdonaría el insulto que he dirigido á sir Hudson Lowe, si no me hallara entre sus hierros.—

Después de estas agitaciones, que llenaron el año de 1816 en mucha parte, la vida de Napoleón volvió á entrar en la monotonía, de que ya no se debía apartar hasta su muerte, y que solo era interrumpida á veces por los padecimientos. Siempre sus costumbres eran las mismas. No gozando más que un sueño frecuentemente interrumpido, con especialidad cuando se acostaba temprano por no tener en que ocupar las veladas, se levantaba y leía ó dictaba si tenía á Marchand á la mano, y luego se volvía á acostar mudando de cama, y así buscaba el fugitivo sueño, y así que el sol iluminaba la planicie de Longwood de nuevo montaba á caballo, y volvía á girar en torno de lo que llamaba *el círculo de su infierno*. Este paseo constantemente repetido se le hacía cada vez más desagradable, puesto que para traspasar sus límites fuera preciso arrastrar en pos al infeliz oficial destinado á su custodia. Hasta el placer de tratar con algunos vecinos, tales como el viejo negro, que cultivaba un campo cerca de su morada, y la viuda y sus dos hijas, que le regalaban flores, se lo

acibaraba el temor de comprometerles ante la recelosa desconfianza del gobernador de la isla. Apenas se atrevía á hacer algún bien en torno suyo, de miedo de que se sospechara que buscaba cómplices para una evasión quimérica de todo punto. Labrando estas molestias sobre una organización irritable, que no se sabía dominar sino ante los grandes peligros, le condenaban á un verdadero tormento.—¡Ah, decía á Mr. de las Cases, por qué no estamos, libres á las márgenes del Ohio ó del Missisipi, rodeados de nuestras familias y de algunos amigos!... ¿No comprendéis cuánto placer disfrutaríamos en recorrer sin fin aquellos vastos bosques de América á toda la velocidad de nuestros caballos? Pero aquí, en esta roca, *apenas hay donde dar un galopé*.—De vuelta, á la hora en que los rayos del sol tropical abrasaban su frente, bajo la tienda de sir Malcolm buscaba refugio; pero en aquella sombra sin encanto exclamaba: *¡Una encinal puna encinal* y con pasión pedía que se le restituyese el follaje de este hermoso árbol de Francia...—Al retornar de su paseo á caballo, se volvía á tender en la cama, y gracias á la fatiga procuraba completar su sueño, después se bañaba muy á la larga, costumbre que pronto le vino á ser funesta, por debilitarla mucho, pero que le agradaba en extremo, porque disminuía un dolor en el costado, que ya empezaba á sentir por entonces, y que fué el primer síntoma de la enfermedad que le debía causar la muerte. En seguida se aplicaba al trabajo, y leía, ó dictaba, y volvía en suma á las ocupaciones que ya hemos descrito, y por último acababa el día con sus amigos, haciendo lecturas en común ó continuando las relaciones de

su vida, siempre escuchadas con el mismo anhelo. Y estos dias no eran a la verdad los más tristes de su cruel existencia, cruel para todo hombre, y con mayor especialidad para el que habia pasado la vida revolviendo el mundo. Dias habia, y eran los más frecuentes, en que soplab el viento del Cabo, viento seco, acre, de dolorosa influencia sobre el sistema nervioso, derribando árboles y plantas, no permitiendo ni aun siquiera que brotase la yerba, de modo que en esta roca, ceñida por las nieblas del Océano, se estaba alternativamente ó empapado en una humedad penetrante, ó expuesto á la corriente de un viento devorante y continuo. Cuando soplab este viento, Napoleon se encerraba en su morada, no tomaba el aire y caia en profunda tristeza, y se preguntaba si al designarle mansion tan horrorosa, no se habia abrigado la intencion pérfida de acortar su vida. Al recapacitar sobre todo que, muy cerca y en un valle fresco y bien abrigado, se hallaba el agradable palacio de Plantacion House, se confirmaba en esta persuasion amarga. —¿Porqué no tratarme como á Ney, decia, si se deseaba mi muerte? Con una bala se saliera del paso. Pero tan rencorosa y con menos valor que la emigracion se muestra Europa. No se ha atrevido á matarme, y se atreve á hacerme aquí morir lentamente. — Napoleon se engañaba por completo. Europa queria guardarle ante todo, y con esta preocupacion no se cuidaba de saber si se conciliaban con el interés de su salud las precauciones tomadas para su custodia. Ni aun siquiera pensaba en esto lo más leve, y dejaba este cuidado á Inglaterra, que tampoco pensaba en tal cosa, pues la remitía á uno de sus ministros, el

cual fiaba á un subalterno suyo, alternativamente asustado de su responsabilidad ó irritado por las ofensas de sus prisioneros. Según ya hemos dicho, lord Bathurst habia tenido la culpable indolencia de no exigir de la Compañía de las Indias el abandono de Plantation House, y sir Hudson Lowe no habia tenido la delicadeza de ofrecerle á Napoleon por morada, sino que prefirió conservarla para su familia (1). De consiguiente en todo esto habia motivos menos perversos, aunque tal vez más ruines que los que Napoleon daba por efectivos. No se queria asesinarle de ningun modo, pero se dejaba que subalternos le mataran poco á poco á causa de no pensar en su persona más que para tener miedo.

Consigo habia sir Hudson Lowe llevado madera para construir una nueva morada, muebles y libros. No madera, sino sólidos materiales se necesitaran para ponerse á resguardo de una temperatura alternativamente húmeda ó abrasadora. Napoleon rechazó todo cuanto se le ofrecia menos los libros, y deplorando la mala eleccion que se habia hecho, se decidió á tomar algunos, y devoraba su lectura, y asunto daban á su conversacion por la noche. Aun siendo las veladas de Longwood tan tristes, por decirlo así, las iluminaba su entendimiento.

(1) Aquí no calumniamos á sir Hudson Lowe, el cual dijo en uno de sus despachos que se apresurara á ceder á Napoleon el palacio de Plantation House, si para sí y su familia existiera en la isla una habitacion conveniente. Por confesion propia anteponia sus comodidades personales á las de su prisionero, que sin duda debiera merecer la preferencia sobre el general Lowe, y hasta sobre su familia, por interesante que fuese esta.

miento del todo. Unas veces eran conversaciones picantes, casi alegres, si bien por rareza, otras eran pláticas elevadas, hasta sublimes, y desgraciadamente muy por encima de su auditorio, acerca de historia, de guerra, de ciencias y de lectura. En ocasiones jugaba con los niños de Mad. Bertrand y de Mad. de Montholon, y les hacía que recitasen fábulas de Lafontaine, y se dolía de que en esta lectura hubiese tantas profundidades perdidas para ellos, y hallando siempre el argumento más adecuado á cada interlocutor y á cada asunto, á estos niños dirigía las reflexiones más capaces de persuadirles en sus cortos alcances. Quejándose uno de los hijos de Mad. de Montholon de que se le obligaba á trabajar diariamente, Napoleón decía de este modo:—¿Amiguito, no comes todos los días?—Sí, señor.—Pues ya que todos los días comes, preciso es que todos los días trabajes.— Luego, dejando á los niños, su genio se remontaba á las más elevadas regiones de la política y de la filosofía.

Entre los libros llevados á Santa Elena se incluyeron los folletos publicados por entonces, calculando que le interesarían sobremanera. Los había en su contra y también en contra de sus adversarios, figurando entre los tales folletos el *Diccionario de las veletas*, que desde el año de 1815 obtuvo un éxito extraordinario, á causa de estigmatizar la volubilidad de los contemporáneos, presurosísimos en pasar de un gobierno á otro, por conservar sus posiciones respectivas. Este libro, escrito por adversarios de los Borbones, naturalmente era del gusto de pobres desterrados, poseídos de viva satisfacción al ver castigados de

este modo á los que en lugar de estar á semejanza suya sobre la roca de Santa Elena, se pavoneaban en los salones de las Tullerías, ocupados en condenar la usurpación á que habían servido, y en celebrar la legitimidad que habían impugnado. Tras de reirse Napoleón el primer día, no pudiéndose contener por más tiempo, cogió el libro y tirólo á un lado, expresándose en esta forma.—Este es un libro detestable, oprobioso para Francia, y oprobioso para la humanidad. Si eso fuera cierto, la revolución francesa, inauguradora de tan grandes principios, no hubiera hecho de todos nosotros, nobles, clase media y pueblo, más que una multitud de miserables. Examinad las guerras de religión así en Francia como en Inglaterra y en Alemania, y hallareis de estos cambios interesados en número no menor y por motivos igualmente pequeños. Tanto vió Enrique IV como yo y como Luis XVIII. Otros muchos ofreció la Fronda, y ciertamente la Francia que pocos años después ganaba las batallas de Rocroy y de las Dunas, y producía el *Polyucto*, la *Athalie*, y las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, no estaba envilecida de ninguna manera. Absteneos del vulgar placer que se disfruta al ver castigados á los adversarios, y tened muy presente que el arma de que se hace uso es un arma de doble filo, y se puede volver contra vosotros.—Y cómo se dijera á Napoleón que estos hombres á quienes quería excusar le habían vendido.—No, interrumpía, no me han vendido, me han abandonado, lo cual varía mucho. Hay muchos menos traidores de los que os figurais vosotros, y en cambio hay una porción de hombres débiles, vencidos por las circuns-

lancias cien veces mas fuertes que ellos. —Napoleon comprendia sin decirlo, que estos hombres, extenuados de resultas del abuso que hizo de sus fuerzas, al fin habian acabado por sucumbir á la fatiga, y por ir á buscar bajo otros señores el premio de los muy relevantes servicios que habian prestado á Francia. —Fouché, añadia Napoleon, es el único verdadero traidor que he encontrado. Marmont mismo, el infeliz Marmont, que me ha hecho mas daño que Fouché, no era traidor tampoco. Le sedujeron la vanidad y la esperanza de hacer gran figura, y al abandonarme y privarme de los medios de gobernar á la coalicion dentro de Paris, creyó salvar á Francia de una catástrofe espantosa, pero no me vendió á semejanza de Fouché. —Pasmados de tanta indulgencia, sus oyentes preguntaban á Napoleon cómo reconociendo en 1815 que le vendia Fouché, le habia dejado obrar á sus anchas, á lo cual daba por respuesta. —No dependia la cuestion de la conducta de un hombre, aun cuando este fuese muy importante, sino de una batalla ganada ó perdida, y si hubiera dado el escándalo de someter á acusacion á Fouché antes de esta prueba decisiva, de seguro trastornara mi gobierno. Por consiguiente debí revestirme de paciencia, y esperar, y dar á entender á Mr. Fouché que no le quitaba los ojos de encima. Se ha vengado de mi despreciativa indulgencia, pero despues de Waterloo, aun sin un hombre tan peligroso como Fouché, yo estaba perdido irremisiblemente. Mas raros de lo que os figurais son los traidores, repotia Napoleon. Excepciones son los grandes vicios como las grandes virtudes; débil es la masa de los hombres, versátil por efecto de la debilidad misma, y donde

le es posible busca fortuna, y labra su bien propio sin aspirar á producir el mal ajeno, y merece mas lástima que odio. Tal como es hay que tomarla y que servirse de ella, y procurar su elevacion si es posible. Pero estad seguros de que, abrumándola de desprecio, nunca se conseguirá darla realce. Al revés, se necesita persuadirla de que vale mas que su precio efectivo, para obtener de ella todo el bien que es capaz de producir sin duda. A los cobardes se dice en el ejército que son valientes, y de esta suerte se logra que lleguen á figurar como tales. Así hay que tratar á los hombres en todo, suponiéndoles dotados de las virtudes que se les quiere infundir en los corazones. — Este asunto conducia á Napoleon á otro, sobre el cual acreditaba la misma filosofia practica y la propia elevacion de miras, explicándose en esta forma. —No profundidad, sino debilidad, es desconfiar excesivamente de los hombres. Así se llega á dudar de todos, á no saber de quien servirse, y á menudo se pierden muy útiles instrumentos. Añadid que, si se os descubre este flaco, cada cual trata de excitarlo en provecho suyo. Si yo hubiera dado oidos á los decires de mis servidores, en el ejército no hallara mas que traidores, ni en lo interior mas que desleales. Aquí mismo, amigos míos, donde sois tan contados, y donde deberiais vivir en íntima concordia, no os doy crédito cuando me venis á hablar de uno de vosotros, y hago perfectamente. (Aquí aludia Napoleon á ciertas desavenencias nacientes que empezaban á turbar su reposo). No conviene creer á los hombres por lo que dicen unos de otros. Lannes murió por mí como un héroe, y frecuentemente decia tales cosas,

que de tomarlas en serio, preciso hubiera sido perseguirle como reo de alta traicion.... Esto es lo que, al cabo de una larga experiencia, me ha inducido á considerar como inútil y peligrosa la violacion del secreto de las cartas. Lo que se halla en las correspondencias no son conspiraciones, pues nadie conspira por el correo, si no decires de la ociosidad, del rencor ó de la malevolencia. ¿Quién desearia prestar oídos á lo que de su persona dicen sus amigos mejores? Bien insensato y bien imprudente seria el que tratara de hacer semejante ensayo, aun siéndole posible, pues de seguro concebiria odio hacia sus amigos mas leales. ¡A la verdad somos tan ligeros al hablar unos de otros! Y si se llegara á tener puntual noticia de las conversaciones relativas á cada uno, á menudo se abominaria mortalmente á personas dignisimas de afecto. Lo de leer las cartas equivale á aplicar el oído á las conversaciones de todo el mundo, y de aqui resultan porcion de prevenciones y de injusticias que son un mal, no para los otros, sino para uno mismo; gobierno, se priva de instrumentos preciosos; simple individuo, se transforma en enemistades serias las amistades, ligeras en el lenguaje sin duda, bien que sinceras en el cariño. Mejor es no saber todo lo que se dice de uno, dado que por mucha que sea la fuerza con que se esté dotado, dichos hay que se perdonarian difícilmente, y el medio mas seguro de perdonarlos es no saberlos nunca. —

Cogiendo otra vez algunos horribles folletos dados á luz en Inglaterra en su contra, Napoleon recorria la série de grandes calumnias de que alli era objeto y decia lo siguiente. — A dar crédito á

mis enemigos, yo fui el que asesiné á Kleber en Egipto, el que levanté la tapa de los sesos á Dessaix en Marengo, el que extrangué á Pichegrú en su calabozo.... ¡Kleber, Dessaix, Pichegrú! Yo tuve en grande estimacion á Kleber á pesar de sus defectos. Mucho amor tenia á los placeres, y á veces su negligencia era de gran peligro, pero le apasionaba la gloria de las armas, y hombre de guerra de primera línea se mostraba sobre los campos de batalla. Su muerte me hizo perder á Egipto. ¡Y habia yo de ser autor de su asesinato!... Dessaix era un ángel, el hombre que mas me amó y á quien yo mas amé de igual modo. Su llegada salvó la batalla de Marengo. ¡Y le habia yo de descargar el golpe de muerte en el instante de un servicio, que me prometia otros muchos!... Pichegrú era quizá el general de la república mejor dotado bajo el aspecto de la superioridad de alcances. En Brienne fué uno de mis maestros, y tales recuerdos tenia de su persona, que nunca pude eximirme de tenerle conmiseracion profunda. Sin embargo, al frente del ejército habia cometido actos criminales, y por Moreau fué denunciado en consecuencia. ¡Ah! Harto daño se habia hecho el infeliz á si mismo, sin que tuviese yo que mezclarle en dada, y porque lo sentia de esta suerte, por sí quiso destruir su vida, despues de haber destruido su gloria. ¡Y de haber yo acabado con los tres se me acusa ahora! No constituye el rasgo esencial de la calumnia ser mala, sino ser absurda. La maldad es una pasion tan violenta, que á la estupidez va á parar muy pronto. Cuando uno es jóven y fogoso y altivo, se salta de coraje al saber lo que se propala y se rebela uno en contra. Con el

tiempo se contrae su costumbre, y no se desea mas sino que traspase todos los limites la calumnia, porque entonces ella misma os sirve de justificacion y de venganza. — Uno por uno se hacia cargo Napoleon de los actos mas desfigurados de su vida, particularmente del supuesto envenenamiento de los apestados de Jafa; y los reducía á su luz verdadera. Respecto de lo acontecido en Jafa decia que obligado á moverse en retirada, y no pudiendo llevar consigo, por no transmitir al ejército la epidemia, á unos veinte apestados, á quienes los árabes iban á cortar la cabeza, á Desgenettes dijo que tal vez seria mas humano administrarles opio, á lo cual éste respondió oportunamente *que su oficio era curarlos y no matarlos*. Pero añadía que casi todos eran ya muertos cuando se levantó el campo, y que cinco ó seis quedaron á lo sumo, de los cuales ninguno tomó opio, y que los indignos rumores esparcidos sobre este punto eran obra de un enfermero, expulsado del ejército á causa de sus fraudes en las medicinas.

De consiguiente Napoleon trataba con altanera tranquilidad estas atroces calumnias. Una cosa habia acerca de la cual se mostraba altanero de igual modo, aunque á la verdad menos tranquilo, y se adivina fácilmente que era la catástrofe de Vincennes. De este asunto hablaba menos, si bien hablaba al cabo, y conociase que pugnaba contra este recuerdo. A diferencia de cuantos habian contribuido á suceso tan lamentable, no negaba nada, y lo confesaba todo. — Los principes de la casa de Borbon atentaban contra mi vida, expresaba Napoleon, y está fuera de duda, para cuantos hayan leído el proceso de Georges, que muchos de ellos

poseían el secreto de los proyectos de asesinato formados contra mi persona. Situado el duque de Enghien á una legua de la frontera, cuando menos aguardaba la renovacion de las hostilidades para volver á empuñar las armas contra Francia, y así merecía el castigo que le impuse bajo todos los titulos y á tenor de las leyes de todos los tiempos. *Mi sangre en suma no era de lodo*, y derecho me asistía para defenderla contra los empeñados en derramarla, y sobre todo cuando en mi persona defendía á Francia, su reposo, su prosperidad y su gloria. Si descargué el golpe, se me habia dado derecho, y lo haria nuevamente.

Al expresarse con este veheméntísimo tono, el mismo Napoleon revelaba la intranquilidad de su conciencia. Admitido el derecho de defenderse, (y á la verdad nunca sobre los tronos de la tierra se defendió cabeza mas noble que la suya), no debia olvidar que era necesario defenderse con arreglo á las leyes; que el duque de Enghien fué cogido en extranjero territorio; que trasladado al territorio francés á viva fuerza, se violaron de más de un modo las leyes en su persona, con las formas por la comision seguidas, y sobre todo con la ejecucion inmediata; que, aun cuando por las vias regulares se prenda á un enemigo, aun falta consultar á la política, pues á menudo aconseja la indulgencia; y en cosas de esta clase cuanto aconseja, lo exige, á causa de que no solo se necesita la excusa de la legalidad, sino que tambien hace falta la excusa de la necesidad para hacer que sea vertida la sangre humana; que, lejos de servir la muerte del duque de Enghien al gobierno consular, le produjo un incalculable perjuicio, contribuyendo á empeñarle

en vías de violencia respecto de Europa; y finalmente que en tales casos la consideracion de las personas es asimismo de suma importancia, por lo cual para el vencedor de Rivoli el descendiente del vencedor de Roeroy debería haber sido sagrado.

Pasando rápidamente sobre este asunto, Napoleón se deleitaba en considerar el conjunto de su reinado, y decía que, consultando los anales del mundo y examinando la historia de los fundadores de dinastías, no se encontraba otra mas inocente que la suya. Efectivamente no se encuentra á quien haya que hacer menos cargos, bajo el aspecto de los medios empleados para sobreponerse á deudos ó á competidores, y es seguro que, si se prescinde de los campos de batalla, donde fué inmensa la efusion de sangre, no hay quien haya derramado menos que Napoleón, lo cual era debido á su carácter personal, y principalmente á las costumbres de su tiempo. Comparándose á Cromwell decía á menudo.—Yo subí á un trono vacío, y sin haber hecho nada para que estuviese vacante. Solo á impulsos del entusiasmo y de la gratitud de mis contemporáneos llegué á su cima.—A todas luces era esta asercion rigorosamente verdadera. Sin embargo, del trono adonde por la admiracion unánime fué elevado, Napoleón vino á caer con tanto estrépito como habia subido. Y ciertamente la traicion que negaba por sí mismo, no podia ser una explicacion de tal caída; menester era buscarla en sus desaciertos, y en punto á sus desaciertos se mostraba sincero á veces, aunque tambien sofisticó en ocasiones, á medida que las confesiones que tenia que hacer eran mas ó menos costosas á su orgullo. Según la ley común, donde carecia de

excusas, se esforzaba por hallarlas á fuerza de sutilezas ó inexactitudes de hecho, á las que tomaba costumbre, sin que se pudiese notar si creia ó no creia en ellas.

Al referir la caída del imperio en el año de 1814 bosquejamos compendiosamente el cuadro de los desaciertos que originaron la tal caída, los cuales se podian reducir á seis en nuestro concepto, y son los siguientes.

Primero, salir en 1803 de la política fuerte y moderada del consulado, romper la paz de Amiens, y lanzarse sobre Inglaterra, siendo de tan difícil alcance.

Segundo, no haber tornado en 1807 á la política moderada, despues de someter en las tres batallas de Austerlitz, de Jena y de Friedland al continente, y aprovechar esta coyuntura para ensayar la monarquía universal, en vez de aspirar á reducir á Inglaterra por virtud de la union del continente en su contra.

Tercero, hacer que esta monarquía tuviera en Tilsit por fundamento la complicidad de Rusia, complicidad interesada, pero que no podia tener el carácter de duradera á no ser pagada con el abandono de Constantinopla.

Cuarto, meterse en España, abismo sin fondo, en donde se habian ido á sepultar todas las fuerzas francesas.

Quinto, no tratar de dar remate á esta guerra á costa de perseverancia, y buscar en Rusia la solucion que solo se hallaba en la península española, lo cual produjo la catastrofe inaudita de Moscon.

Sexto, por fin, y el mas funesto de todos, des-

pues de renovar para la bandera francesa en Lutzen y Bautzen la victoria, desechan la paz de Praga, que dejara una extension de territorio muy superior á la que la política permitia esperar y desear á los franceses.

Ocioso es decir que, en el hondo hastio de su cautiverio, al reproducir Napoleon sus recuerdos á medida que por los diversos giros de la conversacion eran despertados, no discutia metódicamente los actos principales de su reinado, cual hemos aspirado á hacerlo nosotros. De asunto saltaba en asunto, y pugnando por buscar excusas con tanto mayor empeño cuanto que era menos excusable á todas luces.

Respecto de sus arranques contra Inglaterra y de la ruptura de la paz de Amiens decia que la famosa escena con lord Whitworth se habia exagerado mucho, y que la negativa del ministerio británico á evacuar á Malta era intolérable, olvidando que con el conjunto de sus actos habia creado una situación amenazadora, de la cual se aprovecharon los ingleses para no evacuar dicha isla. Tambien aseveraba que habia sido formal el proyecto de desembarco, y que sus combinaciones navales eran de tal especie, que á no ser por culpa de un almirante, sin duda triunfara de Inglaterra. Con efecto, es indisputable que nunca se idearon mas profundas y vastas combinaciones, y que si el almirante Villeneuve apareciera en el canal de la Mancha, al punto lo atravesaran ciento cincuenta mil franceses. ¿Qué hubiera acontecido, cuando tras de ganar una batalla semejante á la de Austerlitz en Inglaterra, se hallara Napoleon señor de Londres, como lo fué de Viena y de Berlin mas

tarde? ¿Se hubiera doblado la orgullosa aristocracia inglesa bajo este golpe terrible, ó hubiera aspirado á prolongar la lucha contra su vencedor cautivo hasta cierto punto en su propia conquista? De esto no se sabe nada. ¡Pero terrible modo de jugar su grandeza propia y la de Francia era sin duda la de aventurarla en tales contingencias!

En cuanto á la monarquía universal que habia tratado de erigir, cuando, en la imposibilidad de avasallar á Inglaterra, se arrojó sobre el continente, Napoleon no alegaba una sola razon validera. A su decir, esta monarquía universal no la queria mas que temporalmente, y era una dictadura ejercida fuera, como la dictadura que para ejercerla dentro le habia conferido Francia, y la cual habiera dimitido con el tiempo. Ante todo, si en el año de 1800 demandaba Francia un brazo poderoso que la salvase de la anarquía, Europa no apetecía nada semejante. Cabalmente lo que deseaba no era sino verse á cubierto de la ambicion del nuevo gefe, que á la sazón regia á Francia, y dársele por dictador equivalia simplemente á ponerla bajo el yugo de quien la infundia mayor miedo, ó á darla por remedio de su mal no otra cosa que el mal mismo. No habia, pues, verdad alguna en aspirar á dudar de la dictadura ejercida dentro la dictadura para ejercida fuera. En todo caso conviniere hacerla corta para que fuese tolerable, y además conviniera con los actos a creditar á los pueblos que se ejercia en interés suyo, y prodigarles beneficios, en vez de abrumarles de males hasta el extremo de impeler á todos á que en el año de 1813 se sublevasen para destruir esta dictadura europea en gigantesca lucha.

Acerca de este delirio de monarquía universal, también decía Napoleón que siempre se le había atacado, y que obligado á defenderse de continuo, se había llegado á ver señor de Europa casi á pesar suyo; falsa asercion repetida á menudo por los adaladores de su memoria y de su sistema. Verdad es que, bajo la opresion sufrida, las potencias europeas no aguardaban mas que la ocasion de rebelarse y sacudir el yugo; pero esta propension á la rebelion no era sino resultado de la opresion misma, y despues de Tilsit hallábanse tan agobiadas, que Austria no hubiera intentado el famoso armamento de 1809 á no ser por la guerra de España, y que si despues de alcanzar en Wagram un insigne triunfo, no emprendiera la guerra de Rusia, nadie osara levantar la mano en su contra.

Mas sincero se manifestaba relativamente al tercer desacierto, el de la guerra de España. De la guerra de España decía que había comprometido la moralidad de su gobierno, y gastado y dividido sus fuerzas. — Nadie mas que Napoleón se podía expresar tan bien y tan por completo. Si, el suceso de Bayona pareció una negra perfidia, y la guerra de España atrajo al Mediodia los ejércitos de que necesitara en el Norte, y tras de dividir sus fuerzas, las gastó con el encarnizamiento de la lucha. ¿Pero cómo hablaba tan sinceramente respecto de este punto, y no respecto de los demás ni por asomo? Quizá provenia de la evidencia del desacierto, ó quizá también de la indole de las excusas que se le venian á la boca. — A su decir, habiendo fundado la *cuarta dinastía* en Francia, no podía consentir en España á los Borbones, á quienes su situacion destinaba casi inevitablemente á figurar

como cómplices de Inglaterra. — Seguramente esta razon era de algun peso; mas si en lugar de apresurar la solucion por medio de un atentado, Napoleón la esperara de la incapacidad de los Borbones y de la prodigiosa popularidad de que gozaba en España, probablemente por los mismos españoles fuera llamado á poner los dos tronos bajo una sola influencia. De consiguiente de impaciencia provino esta falta, género de desacierto que su carácter le impulsaba á cometer á menudo, y esta excusa de la guerra de España, que se figuraba hártovaledera para atreverse á confesar su error de plano, realmente no tenía mas solidez que la mayor parte de las que alegaba para paliar los yerros de su política en cierto modo.

Sobre la falta de no haber aspirado á triunfar de los españoles á fuerza de perseverancia, y de haber ido á buscar á Rusia una solucion que no encontraba ni en España, también se mostraba sincero, y una declaracion singular hacia con este motivo. — En realidad, decía, Alejandro no deseaba la guerra, yo no la deseaba tampoco, y ya junto al Niemen éramos como dos matones que tuvieran á fortuna que alguien llegara y se metiera de por medio para separarlos. Pero en aquella época me faltó un gran ministro de Negocios Extranjeros. Si por ejemplo yo tuviera á Mr. de Talleyrand á mi lado, no se efectuara la guerra de Rusia. — Verdad hablaba Napoleón al expresarse de este modo, pero hacia una confesion de bulto, y que deben meditar á fondo los ministros al servicio de un soberano; á quien ven lanzado á una pendiente peligrosa, sin valor para detenerle en ella.

Respecto de la misma campaña, al incendio de

Moscou, atribuia su funesto desenlace.—Viveres habia en Moscou, decia, para mantener á todo un ejército mas de seis meses. De haber invernado allí, fuera yo á semejanza de la nave cogida entre los hielos, y que á la vuelta del sol recupera la libertad de sus movimientos. Entero me encontrara á la entrada de la primavera, y si los rusos recibian refuerzos, tambien yo los recibiera de igual modo; y asi como en 1807, despues de pasar por la jornada de Eylau en febrero, tambien encontré la de Friedland en junio, ahora al retorno de la buena estacion hubiera podido alcanzar alguna ventaja brillante, y terminar la campaña de 1812 al modo que la de 1807 con fortuna.—Estas razones tenian algun valor de positivo, aun cuando cabe responder que, si la infanteria del ejército hubiera podido vivir en Moscou durante el invierno, asi la caballeria como la artilleria carecian de forrajes; y que si en 1807 pudieron llegar los refuerzos hasta Osterode, no era tan fácil que en 1812 llegasen hasta Moscou; y finalmente, que el ejército no tenia ahora las mismas sólidas qualidades que antes.

En cuanto á la última de las graves faltas de su reinado, la de desechar la paz de Praga, Napoleon no decia nada plausible, ni aun siquiera especioso. Unicamente repetia la razon trivial de que Austria no estaba de buena fé por entonces, y que aparentando voluntad de tratar en Praga, se habia secretamente comprometida con las potencias coaligadas; aseveracion falsa, y que los documentos mas auténticos refutan completamente. Si con efecto, Austria no estaba de buena fé en Praga, un medio habia de confundirla de plano, y

consistia en admitir sus condiciones, consistentes en dejar á los franceses la Westfalia, la Holanda, el Piemonte, y Florencia, y Roma, y Nápoles, es decir, dos veces mas de lo que podian concebir sus deseos, y en privarles solo de Lubeck y Hamburgo, de cuyas ciudades no tenian que hacer nada, de la Sicilia, que no habian poseido nunca, y de España, que habian perdido irremisiblemente. Si aceptadas estas condiciones, Austria faltara á su palabra, conviata quedara de mentira, y Napoleon tuviera la opinion general de su parte. Pero de hecho es constante que aceptara con alborozo la adhesion de los franceses, pues no emprendia la guerra sino temblando, y formalmente rehusó contraer empeños con los aliados antes de la espiracion del plazo fatal señalado á la mediacion suya. Napoleon no gustaba de hablar á la larga sobre este asunto, doloroso para su amor propio, como que en tal coyuntura se habia engañado enormemente, por creer que tal miedo imponia á Austria que nunca osaria decidirse en su contra. Seguramente le imponia miedo, y mucho, aunque no basta el punto de paralizar su juicio, y de impedirle abrazar un partido dictado por sus mas evidentes intereses. Para impugnar este cargo decia que le habia perdido su matrimonio, inspirándole una confianza funesta respecto de Austria; excusa poco digna, y además falsa, pues Mr. de Metternich tuvo buen cuidado de manifestarle de continuo que el matrimonio tenia cierto peso en los consejos de la corte de Viena, pero no un peso ilimitado, y asi no impediria la declaracion de guerra, en el caso de que no aceptase las condiciones propuestas en Praga, las cuales no tenian mas que un inconveniente.